

**FORMACIÓN SOBRE
SINDICALISMO SOCIALCRISTIANO
2024**

Juan Carlos Schmid

LAS VISITAS DE LOS PAPAS A LA OIT

2.PabloVI, 1969

Cincuenta aniversario de la creación de OIT

Uno de los capítulos de interés para la formación sobre sindicalismo socialcristiano es la confluencia entre el Vaticano y la Organización Internacional del Trabajo.

La relación entre el Vaticano y la OIT comenzó desde la propia fundación de la OIT, en 1919, que era el punto final de un ciclo histórico iniciado en 1890 en que se había buscado una instancia de este tipo (incluso privada, es decir, desde los gobiernos). En este proceso la Iglesia

Catòlica había estado muy activa, incluyendo, en 1891, la aprobación de la Rerum Novarum.

Hastra la actualidad, ha habido cuatro discursos papales ante la OIT, en 1954, 1982 y 2021.

Esta serie de notas presenta una selección de contenidos, como etapa previa a la preparación de comentarios sobre el conjunto de estos textos.

¿Por qué estamos aquí? somos extraños a las cuestiones específicas de OIT....
vuestra misión espiritual no pretende intervenir fuera de su campo propio.
Sin embargo nosotros no somos, en manera alguna, extraño a esta grande
causa del trabajo que constituye vuestra razón de ser

El trabajo es una característica fundamental de la condición humano, es un
don de Dios y es la actividad normal del hombre, que goza y se regocija de
los frutos, cada uno retribuido según su obra.

En relación con la simpatía que el Vaticano tiene por la OIT, el Papa señaló
que no es posible olvidar que su primer director quiso, en 1931, con
ocasión del 40' aniversario de la encíclica Rerum Novarum, quiso rendirle
homenaje por su manera de referirse a las condiciones del trabajo.

Desde entonces, la simpatía del Vaticano por OIT no ha cesado de
manifestarse

Luego del Concilio Vaticano, la Iglesia también expresó el valor del « esfuerzo gigantesco de la actividad humana individual y colectiva », la preeminencia del trabajo de los hombres sobre « los restantes elementos de la vida económica, que no tienen otro valor que el de instrumentos », con los derechos imprescriptibles y los deberes que exige un principio tal

Finalmente, la encíclica *Populorum Progressio*, se dedicó a hacer tomar conciencia de que « la cuestión social ha tomado una dimensión mundial », con las consecuencias que de ello derivan para el desarrollo integral y solidario de los pueblos, al desarrollo que es « el nuevo nombre de la paz »

Somos observador atento y ferviente admirador de la actividad de la OIT

La implacable precariedad de las cosas humanas, que la aceleración de la civilización moderna ha hecho más evidente y más destructora, no ha sacudido a la OIT

La Iglesia rinde homenaje al ideal de la OIT. Aquí, el trabajo del hombre es considerado digno de un interés fundamental. No siempre fue así en la ya larga historia de la humanidad. Piénsese en la antigua concepción del trabajo, en el descrédito que lo rodeaba, en la esclavitud que llevaba consigo; hay que reconocer que, por desgracia esta horrible plaga no ha desaparecido todavía por completo de la faz del mundo.

La concepción moderna es muy distinta. Se funda en un principio básico que el cristianismo, por su parte, ha sabido iluminar singularmente: en el trabajo, el hombre es lo primero.

Ya sea artista o artesano, empresario, obrero o campesino, manual o intelectual, es el hombre quien trabaja, y es para el hombre para quien él trabaja.

Se ha acabado, pues, la primacía del trabajo sobre el trabajador y la prioridad de las exigencias técnicas y económicas sobre las necesidades humanas:

Nunca jamás el trabajo por encima del trabajador; nunca jamás el trabajo contra el trabajador, sino siempre el trabajo para el trabajador, el trabajo al servicio del hombre, de todos los hombres y de todo el hombre.

La primacía del factor humano sobre el producto del trabajo, en el momento mismo en que se introduce progresivamente la máquina que multiplica desmedidamente el rendimiento del trabajo y tiende a sustituirlo.

Considerando las cosas abstractamente, el trabajo realizado por la máquina y sus energías – proporcionados no ya por los brazos del hombre sino por formidables fuerzas secretas de una naturaleza domesticada – habría debido prevalecer en la estima del mundo moderno hasta hacer olvidar al trabajador, frecuentemente liberado del peso extenuante y humillante de un esfuerzo físico desproporcionado a su restringido rendimiento.

Esto no es exacto. En el momento mismo del triunfo de la técnica y de sus efectos gigantescos sobre la producción económica, el hombre es quien concentra la atención del filósofo, del sociólogo y del político. Porque en definitiva no hay más verdadera riqueza que la del hombre.

La inserción de la técnica en el proceso de la actividad humana se traduciría' en detrimento del hombre – ¿quién no lo ve? – si éste no siguiese siendo siempre el maestro de aquélla y si no dominase su evolución. « Es necesario reconocer con toda justicia la aportación insustituible de la organización del trabajo y del progreso industrial a la obra del desarrollo »
(PopùlorumProgressio, pero vosotros sabéis mejor que nadie las malas consecuencias de lo que se ha podido llamar la parcelación del trabajo en la sociedad industrial contemporánea.

En vez de ayudar al hombre a hacerse más hombre, lo deshumaniza; en lugar de expansionarlo, lo sofoca bajo una capa de tedio abrumador.

El trabajo permanece ambivalente y su organización corre el riesgo de despersonalizar a quien lo ejecuta si éste, convertido en esclavo, abdica inteligencia y libertad hasta el punto de perder su dignidad (Mater Magistra).

El trabajo, bien se sabe, fuente de frutos maravillosos cuando es verdaderamente creador, puede por el contrario si se lleva al círculo de la arbitrariedad, de la injusticia, de la rapacidad y de la violencia, convertirse en verdadero azote social, como lo atestiguan esos campos de trabajo erigidos en instituciones que han sido la vergüenza del mundo civilizado. ¿Quién describirá el drama muchas veces terrible del trabajador moderno encasillado entre su doble destino de grandioso realizador y víctima muchas veces de los sufrimientos intolerables que comporta una condición miserable y proletaria, donde la falta de pan se conjuga con la degradación social creando un estado de verdadera inseguridad personal y familiar? Vosotros lo habéis comprendido.

Es el trabajo, en cuanto factor humano primero y fundamental, el que constituye la raíz vital de vuestra Organización y hace de ella un árbol magnífico, un árbol que extiende sus ramas en el mundo entero por su carácter internacional, un árbol que es un honor de nuestro tiempo, un árbol cuya raíz siempre fértil lo impulsa a una actividad constante y orgánica. Esta misma raíz es la que os prohíbe favorecer los intereses particulares poniéndoos al servicio del bien común. Es la que constituye vuestro carácter propio y su fecundidad: intervenir en todas partes, y siempre, para poner remedio a los conflictos del trabajo, prevenirlos si es posible, socorrer espontáneamente a los accidentados, elaborar nuevas protecciones contra los nuevos peligros, mejorar la suerte de los trabajadores respetando el equilibrio objetivo de las, posibilidades económicas reales, luchar contra cualquier segregación que origine inferioridad por cualquier motivo que fuere —esclavitud, casta, raza, religión, clase—, en una palabra, defender ante todos y contra todos la libertad de los trabajadores, hacer prevalecer incansablemente el ideal de la hermandad entre los hombres, todos ellos iguales en dignidad.

Esa es vuestra vocación. Vuestra acción no se apoya ni en la fatalidad de una lucha implacable entre los que dan trabajo y lo ejecutan, ni en la parcialidad de defensores de interés o de funciones. Es, por el contrario, una participación orgánica, libremente estructurada socialmente disciplinada, en las responsabilidades y las utilidades del trabajo. Un solo principio: ni el dinero, ni el poder sino el bien del hombre. Más que una concepción

económica o que una concepción política, es una concepción moral y humana, lo que os inspira: la instauración de la justicia social; día tras día, libremente y de común acuerdo.

Descubriendo siempre más y mejor todo lo que concierne al bien de los trabajadores, vosotros hacéis que se tome conciencia, poco a poco, de esa justicia social y la proponéis como ideal. Más aún, la reflejáis en nuevas reglas de comportamiento social que se imponen como normas de derecho. Aseguráis así el paso permanente del orden ideal de los principios al orden jurídico, es decir, al derecho positivo. En una palabra, vosotros afináis poco a poco y hacéis progresar la conciencia moral de la humanidad.

Tarea, en verdad, ardua y delicada, pero tan alta y necesaria que reclama la colaboración de todos los verdaderos amigos del hombre. ¿Cómo no darle nuestra adhesión y nuestro apoyo?

No faltan en vuestro camino obstáculos que eliminar ni dificultades que superar. Vosotros los habéis previsto y para hacerles frente habéis recurrido a un instrumento y a un método que podrían bastar por sí solos para la apología de vuestra institución. Vuestro instrumento original y orgánico es hacer conjugar y reunir las tres fuerzas interesadas en la dinámica humana del trabajo moderno: los hombres de Gobierno, los empresarios, los trabajadores.

Vuestro método – en lo sucesivo paradigma típico – es armonizar estas tres fuerzas, conseguir que no se opongan más entre ellas sino que concurren « en una colaboración valiente y fecunda » (Pío XI en su visita a OIT), mediante un diálogo constante para estudiar y solucionar problemas que surgen constantemente y se renuevan sin cesar.

Esta concepción moderna y excelente es muy digna de que sustituya definitivamente a la que, por desdicha, ha dominado nuestra época: concepción dominada por el afán de la eficacia buscada a través de agitaciones, que muchas veces originan nuevos sufrimientos y nuevas ruinas, corriendo así el riesgo de anular, en vez de consolidar, los resultados obtenidos a precio de luchas más de una vez dramática. Hay que proclamarlo solemnemente: los conflictos de trabajo no podrán encontrar su remedio en disposiciones artificialmente impuestas que privan fraudulentamente al

trabajador y a toda la comunidad social de su primera e inalienable prerrogativa humana: la libertad; no sabrán tampoco encontrarla en situaciones resultantes del sólo y libre juego – como se dice – del determinismo de factores económicos. Tales remedios pueden tener, sí, apariencias de justicia pero carecen de realidad humana. Solamente comprendiendo las razones profundas de estos conflictos y satisfaciendo las justas reivindicaciones que manifiestan, es como vosotros prevenís la explosión dramática y evitáis sus consecuencias desastrosas. Repetimos con Albert Thomas: « Lo social deberá vencer a " lo económico ". Deberá regularlo y conducirlo para mejor satisfacer a la justicia » (*Dix ans d'Organisation Internationale du Travail*, Ginebra, B.I.T., 1931 Prefacio, pág. XIV). Por esto la Organización Internacional del Trabajo aparece hoy en el campo cerrado del mundo moderno en el que se enfrentan peligrosamente los intereses y las ideologías, como un camino abierto hacia un futuro mejor de la humanidad. Quizá más que ninguna otra institución, vosotros podéis contribuir a ello siguiendo siempre fieles, en la actividad y en la iniciativa, a vuestro ideal: la paz universal por la justicia social.

Por esto hemos venido aquí para daros nuestro aliento y nuestra aprobación, invitaros a perseverar con tenacidad en vuestra misión de justicia y de paz y aseguraros nuestra humilde, pero sincera solidaridad. Está en juego la paz del mundo, el futuro de la humanidad. Este futuro no puede construirse más que en la paz entre todas las familias humanas, entre las clases y entre los pueblos, una paz que se apoye en una justicia cada vez más perfecta entre todos los hombres (*Pacem in Terris*).

En este momento de contrastes en la historia de la humanidad, lleno de peligros y de esperanzas, toca a vosotros en gran parte construir la justicia y asegurar la paz. No creáis, Señores, que vuestra obra ha acabado; cada día se hace más urgente. Cuántos males, —y qué clase de males— deficiencias, abusos, injusticias, sufrimientos, llantos, se alzan todavía del mundo del trabajo. Permitidnos ser ante vosotros el intérprete de cuantos sufren injustamente, de cuantos son indignamente explotados, son ultrajados y escarnecidos en su cuerpo y en su alma, envilecidos por un trabajo degradante sistemáticamente querido, organizado e impuesto. Escuchad este grito de dolor que continúa elevándose de la humanidad doliente.

Luchad, valientemente, incansablemente, contra los abusos que cada día surgen y contra las injusticias que sin cesar se renuevan, obligad a que los intereses particulares se sometan a una visión más amplia del bien común,

adaptad las antiguas disposiciones a las nuevas necesidades, suscitad otras, empeñad a las naciones a ratificarlas y tomad las medidas para hacerlas respetar, porque es necesario repetir: « sería inútil proclamar derechos si, al mismo tiempo, no se pone en práctica todo para garantizar el deber de respetarlos, por todos, en todas partes, y para todos » (Mensaje a la Conferencia Internacional de los Derechos del Hombre, 1968).

Nos atrevemos a añadir: es preciso que defendáis al hombre contra él mismo, amenazado de no ser más que una parte de sí mismo, reducido, como se ha dicho, a una sola dimensión (cf r. Marcuse, *L'Homme unidimensionnel*, Paris Ed. Minuit, 1968). Es necesario a toda costa impedir que no sea más que un proveedor mecanizado de una máquina ciega, devoradora de lo mejor de él mismo; ni de un Estado tentado de avasallar todas las energías para su solo servicio. Es necesario que protejáis al hombre, un hombre arrastrado por las fuerzas formidables que él maneja y como absorbido por el progreso gigantesco de su trabajo, un hombre arrebatado por el deseo irresistible de sus inventos y como aturdido por el contraste creciente entre el prodigioso aumento de los bienes puestos a su disposición, y su distribución, tan fácilmente injusta, entre los hombres y entre los pueblos. El mito de Prometeo proyecta su sombra inquietante sobre el drama de nuestro tiempo en que la conciencia del hombre no logra ponerse al nivel de su actividad y asumir sus graves responsabilidades con fidelidad al designio del amor de Dios sobre el mundo. ¿Habremos olvidado la lección de la trágica historia de la torre de Babel en que la conquista de la naturaleza por parte del hombre de Dios va acompañada de una desintegración' de la sociedad humana? (Gén 11, 1-9).

Dominando todas las fuerzas disolventes de la contestación y de la confusión, es preciso construir la ciudad de los hombres, una ciudad cuyo único elemento aglutinador durable es el amor fraternal entre las razas y los pueblos, entre las clases y generaciones. En los conflictos que desgarran nuestro tiempo, más que una reivindicación por poseer, es un legítimo deseo de ser, lo que cada día se afirma más. (Populorum Progressio)

A lo largo de cincuenta años habéis tejido una trama cada vez más apretada de disposiciones jurídicas que protegen el trabajo de los hombres, mujeres, jóvenes, que les garantizan una retribución conveniente. Es preciso ahora que empleéis los medios para asegurar la participación orgánica de todos los

trabajadores, no sólo en las utilidades de su trabajo sino también en las responsabilidades económicas y sociales de las que depende su porvenir y el de su hijos.

Tenéis que asegurar también la participación de todos los pueblos en la construcción del mundo y preocuparos desde hoy de los menos favorecidos, lo mismo que en el pasado habéis dedicado los cuidados primeros a la categorías sociales más desfavorecidas. Esto equivale a decir que vuestra obra legislativa debe proseguirse con arrojo y empeñarse en caminos decididamente nuevos que garanticen el derecho solidario de los pueblos a su desarrollo integral, que permitan singularmente « a todos los pueblos convertirse ellos :Mismos en artífices de su destino » (Populorim Progressioi).

Es un desafío el que se os lanza hoy, al amanecer del segundo decenio del desarrollo. A vosotros os toca el realizarlo. Os corresponde tomar las decisiones para evitar que se derrumben tantas esperanzas y extirpar las tentaciones de la violencia destructora. Tenéis que formular en normas de derecho la solidaridad que cada día se afirma más en la conciencia de los hombres. Como en el pasado habéis garantizado con vuestra legislación la protección y la supervivencia del débil contra el poder del fuerte – Lacordaire dijo: « entre el fuerte y el débil está la libertad que oprime y la ley que emancipa » (*Conferencia n. 52 en Notre-Dame, Cuaresma 1848, en Oeuvres del R. P. Lacordaire*), en adelante tenéis que dominar los derechos de los pueblos fuertes y favorecer el desarrollo de los pueblos débiles creando las condiciones no sólo teóricas sino también prácticas para un verdadero derecho internacional del trabajo en la escala de los pueblos. Como todo hombre, también todo pueblo debe poder desarrollarse a través de su trabajo, crecer en humanidad, pasar de condiciones menos humanas a condiciones más humanas (Populorim Progressio).

Se requieren para ello condiciones y medios adecuados, una voluntad común, cuya expresión podrían y deberían darla progresivamente vuestras convenciones libremente elaboradas entre gobiernos, trabajadores y empresarios. Varias organizaciones especializadas trabajan ya en la edificación de esta gran obra. En esa dirección habéis de progresar. Si los arreglos técnicos son indispensables, éstos no podrían dar sus frutos sin la conciencia del bien común universal que anima e inspira la búsqueda y

sostiene el esfuerzo, sin el ideal que arrastra a unos y otros a sobresalir en la construcción de un mundo fraternal. Este mundo del mañana tocará edificarlo a los jóvenes de hoy, pero a vosotros toca el prepararlos. Muchos reciben una formación insuficiente, no tienen la posibilidad real de aprender un oficio y de encontrar un trabajo. Muchos realizan tareas que no tienen significado para ellos, cuya repetición monótona puede procurarles una utilidad, pero no basta para darles una razón de vivir y satisfacer su legítima aspiración a desempeñar como hombres su puesto en la sociedad. ¿Quién no prueba en los países ricos su angustia ante la tecnocracia invasora, su repulsa de una sociedad que no logra integrarlos y, en los países pobres, su llanto por no poder, a causa de la preparación insuficiente y de medios inadecuados, dar su aportación generosa a las tareas que los reclaman? En la actual transformación del mundo su protesta resuena como una señal de sufrimiento y como una apelación a la justicia. Dentro de la crisis que sacude la civilización moderna, la espera de los jóvenes es ansiosa e impaciente: sepamos abrirles los caminos del futuro, proponerles tareas útiles y prepararles para ellas. Hay mucho que hacer en este campo. Sois bien conscientes de ello y os felicitamos por haber incluido en la orden del día de vuestra 53ª sesión el estudio de programas especiales de empleo y de formación de la juventud en vistas al desarrollo de la OIT.

El hombre no está abandonado a sí mismo en medio de una multitud solitaria. La ciudad humana que él construye es la de una familia de hermanos, de hijos del mismo Padre, apoyados en su esfuerzo por un vigor que los anima y sostiene, la fuerza del Espíritu, misteriosa pero real, ni mágica ni totalmente extraña a nuestra experiencia histórica y personal, puesto que se ha expresado en palabras humanas.

Su voz resuena más que en otras partes dentro de esta casa abierta a los sufrimientos y angustias de los trabajadores, a sus conquistas y realizaciones prestigiosas; una voz cuyo eco inefable, ayer como hoy, no cesa ni cesará de suscitar la esperanza de los hombres en el trabajo:
